

No digas que no te lo advertí

El sudor empapaba todo mi cuerpo. Cada diez minutos me despertaba y comprobaba que la alarma del despertador estuviese activada. Pensar que no lo estaba me causaba pavor, pues llevaba implícito llegar tarde a mi cita con el decano de la facultad del Derecho.

No ser puntual era un miedo recurrente, con el que había convivido durante muchos años cuando era estudiante y acudía a la Universidad dispuesto a luchar día tras día para labrarme un futuro.

Cuando, al fin, bien entrada la madrugada conseguí conciliar el sueño, sonó el maldito despertador y, cumpliéndose mis peores temores, lo apagué de un manotazo desparramando por el suelo las piezas de su engranaje, para luego quedarme de nuevo dormido, plácida y profundamente. Transcurridos treinta y cinco minutos, me percaté de la situación. Me vestí presuroso y, prescindiendo de la ducha y el café matutinos, salí a la calle rumbo a Ciudad Universitaria.

La gran urbe, pletórica de vehículos que producían grandes e inevitables atascos, no me lo puso nada fácil, y el retraso se me fue acumulando.

Sesenta y cinco minutos más tarde me encontraba nervioso y jadeante golpeando con los nudillos la puerta del despacho del decano a la par que trataba de discurrir una excusa seria y creíble, lejos de la verdadera, que me parecía la clásica de los perdedores. La puerta no tardó en abrirse, apareciendo un decano sonriente que me invitó a pasar y, cortésmente con un gesto de su mano derecha, a sentarme, lo que hice obedientemente mientras él se posicionaba a mis espaldas a la vez que colocaba sus manos sobre mis hombros:

- Supongo que estará intrigado por el motivo por el que le he hecho venir, señor Juan Antonio Berugo.

Asentí con la cabeza, cohibido por aquella extraña situación que, sin saber el motivo, me había producido un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo, erizándome el vello mientras movía tímidamente los hombros intentando que aquel hombre se percatase de que me estaba clavando sus dedos, hasta el punto de hacerme daño. Indirecta que pareció no captar.

Solemos ignorar las intuiciones, y yo lamentaré eternamente haberlo hecho ese día, en el que debí salir despavorido de aquel despacho.

Sin previo aviso dos hombres entraron en la sala, tomaron sendas sillas y, colocándolas a ambos lados de la mía, se sentaron. Solo entonces el decano soltó mis hombros y se colocó tras su escritorio, recostándose cómodamente en un viejo sillón digno de estar en un museo, me miró fijamente y solemnemente dijo:

- Señor Berugo, estos son el rector y el vicerrector.

Solo entonces me atreví a mirar a derecha e izquierda, estrechando la mano que me tendían y antes había ignorado, no por falta de educación sino por un extraño miedo que me tenía paralizado.

El miedo es muy imaginativo y tiene muchos recursos para adueñarse de la mente, así que luché contra él convenciéndome a mí mismo de que me encontraba a salvo en aquel lugar y que la percepción de inseguridad era fruto de una mala pasada que mi cerebro me estaba jugando debido al cansancio producido por la falta de sueño la noche anterior. Me relajé, incluso conseguí esbozar una sonrisa a la vez que preguntaba a los presentes por el motivo de aquella convocatoria.

El rector tomó la palabra:

- Aunque usted lo ignorase, hemos seguido su paso por esta universidad con mucha atención, dándonos cuenta de que su cerebro es un pilar clave para este lugar, así que hemos decidido concederle el honor de quedarse para siempre entre nosotros, eso sí, en un lugar muy privilegiado.

Presentí que algo andaba mal, muy muy mal. Yo no era ningún genio, alguna que otra matrícula de honor que no dejaba de ser más que un mero reconocimiento del momento, pero de ahí a ser un pilar clave de la universidad....

El decano sacó de un cajón del escritorio un botellín de licor, que vertió en un vaso polvoriento sacado del mismo lugar, luego me lo acercó, invitándome a beber. Alegué todo tipo de disculpas para no hacerlo, la más absurda que se me ocurrió fue que tenía una enfermedad que me impedía “beber líquidos”. Yo mismo sentí vergüenza al escucharme. Todo transcurría pacíficamente hasta que el decano golpeó la mesa con el puño cerrado y pasó de ofrecérmelo amablemente a exigírmelo.

Hice un amago de levantarme de la silla con intención de largarme de aquel lugar, pero rector y vicerrector lo impidieron, abalanzándose este último, el más corpulento de los dos, sobre mí mientras el otro me tiraba del pelo obligándome a mirar hacia el techo. Entonces intervino el decano que, apretándome la nariz, me forzó a abrir la boca, donde vertió el contenido del vaso no dejándome más remedio que tragar. Aún recuerdo el rastro amargo que dejaba por la garganta.

Cuando me soltaron quise huir pero mi cuerpo no respondió, entonces intenté convencerles con palabrería de que si me sucedía algo la policía llegaría hasta ellos (siempre había tenido una buena oratoria, pero esta vez no sirvió de nada).

Los tres sonrieron macabramente.

- La desaparición de personas de las que nunca se vuelve a saber nada es más común de lo que piensas, y lleva sucediendo toda la vida.- Comentó el vicerrector.
- Pero hay personas que saben que he venido a este lugar para entrevistarme con ustedes. – Repliqué.
- ¿Quién? ¿La novia que te dejó hace tres meses, la que te la pegaba con tu mejor amigo? Si no tuvieses tanta intuición ahora seguirías teniendo pareja y amigo, y mejor aún, ni siquiera estarías aquí. -Socarronamente se rieron a mi costa.
- Pero ustedes me han citado, hay pruebas.
- ¿Cuáles? ¿El mensaje en el móvil que guardas en el bolsillo? ¿O tal vez el post it en la nevera recordándotelo? ¡Ah, no! Que está aquí. – Dijo sarcásticamente mientras señalaba un pequeño trozo de papel amarillo que yacía sobre la mesa.
- Alguien me habrá visto entrar aquí. –Dije más para convencerme a mí que a ellos.
- ¡Por supuesto! Por aquí pasan a diario miles de personas, ¿Nunca has oído decir que el mejor lugar para esconder un árbol es el bosque?

Sentí terror al comprender que era totalmente vulnerable y me tenían a su merced, o eso creía, pues cuando lo pienso aquello era simple miedo... El terror aguardaba más adelante.

Lo que sucedió tras aquella conversación lo recuerdo vagamente, me vienen a la mente imágenes inconexas de cómo fui llevado en volandas escaleras abajo e intentaba gritar para pedir socorro, pero lo único que realmente conseguía era farfullar. También recuerdo haber visto mi cuerpo desnudo tirado en el suelo y la sensación de que la sangre que corría por mis venas estaba helada.

Cuando recobré totalmente la conciencia, a eso sí que se le puede llamar terror. Mi cuerpo había desaparecido y yo, como tal, sólo era un cerebro dentro de un recipiente de metacrilato, flotando en un líquido viscoso.

Un hombre que rondaría los cuarenta años al que nunca había visto se acercó a mi receptáculo con la intención de calmarme:

- Debes aceptar tu situación, los cerebros que no lo hacen se encuentran en estado de letargo, fíjate alrededor.

No me había percatado pero yo no era el único, allí había al menos unos veinte cerebros más. Intenté hablar, quería que me contase lo que estaba sucediendo, saber a qué me enfrentaba... ¡Entender! Pero no lo conseguí y el hombre se marchó.

Aquí dentro el tiempo no existe, pero sé que ha pasado mucho, el hombre que rondaba la cuarentena ahora es un anciano, y tengo el presentimiento de que esta será la última visita que me haga. Durante todo este tiempo hemos conectado y gracias a él sé que nunca he salido de la universidad, me encuentro en un parainfo situado en el sub sótano, una estancia que pocas personas conocen. El motivo de que así sea no me lo ha querido desvelar, pero para animarme ha dicho que pronto tendré un nuevo compañero muy sensitivo y tal vez pueda comunicarme con él. El recipiente que ocupará está justo a mi lado y ya lo han estado acondicionando para el nuevo inquilino.

En un arrebato de empatía, con tono quejumbroso, antes de abandonar el lugar el anciano me dio la respuesta a algo que llevaba mucho tiempo preguntándole: “¿Mi cuerpo? ¿Dónde está mi cuerpo? ¿Lo están cuidando? ¿Me lo devolverán algún día?”

- Amigo, tu cuerpo ya no existe y nunca saldrás de aquí, mira a tu alrededor, hay cerebros que llevan aquí más de doscientos años, deberías plantearte al igual que ellos aletargarte y dejar de sufrir.

Sentí nostalgia de las cosas que no había hecho y de las que nunca volvería a hacer. ¡Joder si las sentí! Si en ese momento hubiese podido llorar lo hubiese hecho, como un niño.

Hasta entonces había albergado una mínima esperanza de recobrar mi cuerpo y con él mi vida, pero ahora, consciente de la realidad, decidí hacerle caso a mi carcelero y único amigo en los últimos tiempos, resignándome a sumirme en los arcanos de un profundo y eterno sueño. Además, había comprendido que durante aquel tiempo que había permanecido activo, otros se habían nutrido de mi energía. Sentí rabia y comencé a

maldecir al decano, al rector y al vicerrector, y aunque ahora fueses otros los que ocupasen sus cargos, decidí intentar chafarles los planes, antes de entregarme por siempre a los brazos de Morfeo para desconectarme de la tortuosa realidad.

Como ya sabes, no puedo hablar, pero eso no me ha impedido llegar hasta ti para contarte mi historia y advertirte: “Si te ofrecen algo que parezca demasiado bueno para ser cierto, tal vez sea porque no lo es”. Y por último, permíteme que te de un consejo, intuitivo lector, ¡Sí, tú! El que sabe de quién es la llamada antes de descolgar el teléfono y que ahora tienes frente a ti, en tus manos, la historia de mi desgracia. Si sientes que tu vida está en peligro no te pares a pensar, ¡Corre! Y no te detengas por nada. Si no lo haces, cuando estés a mi lado no digas que no te lo advertí.